

SIGLO IV: LUCHAS POR LA HEGEMONÍA. MACEDONIA.

La hegemonía espartana. El ascenso de Tebas. Los griegos de ultramar. La emergencia de Macedonia. Macedonia en tiempos de Filipo. Filipo y Grecia. Rasgos más destacados del siglo IV.

Juan José Seguí Marco.
Universidad de Valencia.

* * *

INTRODUCCIÓN.-

Entre el final de la Guerra del Peloponeso y la llegada al poder de Alejandro Magno asistimos en toda Grecia a una época de importantes cambios. Los griegos se enfrentaron entre sí en luchas incesantes y estériles, incapaces de encontrar por sí mismos una solución a la descomposición de sus diferentes regímenes políticos. Pero la crisis política no debe hacernos pensar que estamos ante una decadencia de las restantes actividades humanas. La economía presentaba señales de recuperación mientras que la sociedad se volvía más cosmopolita. La imperiosa necesidad de encontrar soluciones favoreció el despertar intelectual, que anunciaba la disponibilidad de la cultura griega hacia un destino universal.

LA HEGEMONÍA ESPARTANA.-

La finalización de la Guerra del Peloponeso situaba a Esparta como la potencia rectora de Grecia. Sin embargo, la prometida independencia de los estados griegos que había sido el centro del ideario espartano derivó, en manos de Lisandro, hacia la creación de un verdadero imperio lacedemonio, mediante la imposición regímenes oligárquicos (decarquías o comisiones ejecutivas de diez miembros) y estableciendo guarniciones bajo el mando de un gobernador militar (harmosta). Este comportamiento no tardó en encontrar una fuerte oposición entre los más poderosos aliados de Esparta en Grecia, como Tebas y Corinto, reacias al engrandecimiento espartano y, desde luego, entre las ciudades de tradición democrática, especialmente Atenas. Aquí el gobierno filoespartano de los Treinta Tiranos no pudo sostenerse durante mucho tiempo y Trasíbulo, con el soporte de Tebas y Megara, con la misma aquiescencia del rey espartano Pausanías -opuesto a la política de Lisandro-, procedió a restablecer las instituciones democráticas (403). Por si fuera poco, la alianza espartana con Persia se desmoronaba tras la fracasada expedición de los Diez Mil, tropas griegas de mercenarios que habían apoyando un intento de derrocamiento del rey Artajerjes II por su joven hermano Ciro. A todo ello había que sumar la tensión creada entre Esparta y Persia por las intenciones revanchistas del sátrapa Tisafernes de imponer de nuevo su dominio sobre las ciudades griegas de Asia Menor. La guerra (400), que se desarrolló en Jonia, provocó una inversión espectacular de las alianzas -Esparta tuvo que enfrentarse con Atenas, Tebas, Argos y Corinto- ensangrentando el suelo griego (Guerra de Corinto). Las victorias espartanas (Coronea, 394) no pudieron impedir el rearme ateniense, obra de Conón -reconstrucción de los Muros Largos-. Finalmente se estableció la paz entre Esparta y Persia, que se transformó en el 386 en una koiné eirene (paz general). La conocida como Paz de Antálcidas -por el nombre del rey espartano- o Paz del Rey imponía el dominio formal de Esparta sobre Grecia. Las más importantes poleis griegas tendrían que plegarse a la alianza espartana: Tebas, Megara, Corinto y Argos -éstas últimas obligadas a renunciar a su ensayo de sympoliteia- a las que se unirían las principales islas del Egeo. Pero esta hegemonía espartana iba a quedar mediatizada por la garantía que le prestaba el rey persa Artajerjes, que no sólo conservaba su predominio sobre las ciudades griegas de Asia Menor sino

que, lo que es más importante, con su diplomacia y recursos iba a hacer de esta paz y de Esparta el instrumento de su dominio sobre Grecia.

Mas el poder espartano estaba lejos de consolidarse definitivamente. Primero por la resistencia de las poleis griegas, oficialmente aliadas de los lacedemonios, a aceptar este orden de cosas. En el 379 Pelópidas expulsaba a los espartanos de Tebas y reconstruía la Liga Beocia, mientras Jasón hacía lo propio en Tesalia.

En segundo lugar, no iba a ser capaz de frenar la recuperación del poder ateniense, que había preservado su régimen democrático, su poder militar -flota y fortificaciones- y los dominios exteriores vitales para su expansión (cleruquías de Lemnos, Imbros y Esciro, y control del Bósforo), y que en el 377 se sentía suficientemente fuerte para aventurarse a reconstruir una nueva confederación marítima (symmachía). Esta nueva alianza pretendía alejarse de cualquier tipo de veleidad dirigista y, tan sólo, estaba encaminada a oponerse al dominio espartano, manteniendo los lazos de amistad con los persas. Ahora la soberanía de sus miembros debía ser escrupulosamente respetada. No habría guarniciones, ni propiedades atenienses en los territorios aliados. La tributación (syntaxis) sólo afectaba a los pequeños estados que no podían enviar contingentes militares. Un consejo (syndrion) tomaba las decisiones, aunque era convocado por los pritanos atenienses a través de la Boulé, necesitando del refrendo de la Asamblea de Atenas (ekklesía). El éxito de la segunda liga marítima fue grande y más de setenta aliados engrosaron sus filas.

EL ASCENSO DE TEBAS.-

Las transformaciones que se habían operado en Grecia desde la paz general del 387 exigían una revisión de los términos del tratado. En efecto, en el 374, nuevamente con la mediación del Gran Rey, se llevó a cabo un nuevo acuerdo colectivo que reconocía el derecho ateniense a mantener su confederación y el de los beocios a mantener su liga. Pero este tratado tuvo una corta duración. Los conflictos se generalizaron y en el 371 hubo que acudir a otra paz general que se celebró en Esparta y que contó con representantes de todos los griegos y de las tres grandes potencias exteriores: Artajerjes, Dionisio I de Siracusa y Amintias de Macedonia. Los tebanos, sin embargo, se negaban a suscribir sus términos si no se reconocía internacionalmente a la Liga Beocia. Esparta, ante esto, decidió intervenir militarmente contra Tebas. En Leuctra (371) su ejército fue derrotado por Epaminondas, artífice de una táctica revolucionaria, la formación oblicua, consistente en cargar con un ala izquierda reforzada sobre el ala derecha del enemigo. Pelópidas y su Batallón Sagrado tebano fueron los encargados de materializarla. La victoria marcó el comienzo del fin de la historia de Esparta como gran potencia. Tebas y su liga iniciaron una rápida ascensión que alteró profundamente el secular equilibrio de fuerzas en Grecia. La Liga Beocia acogió a numerosas ciudades del Peloponeso que hicieron defección de Esparta -especialmente Argos y Corinto- y se extendió militarmente hacia Tesalia, mientras que los arcadios constituyeron su propio koinón con capital en la nueva ciudad de Megalópolis.

Pero el acontecimiento decisivo fue, sin duda, la independencia de Mesenia. Con el auxilio del ejército beocio, los mesenios e hilotas se independizaron y crearon su propio estado con capital en la neápolis de Mesene. La alianza entre Atenas y Esparta era inevitable (369), tanto más cuanto que Artajerjes utilizaba ahora a Tebas como agente de su diplomacia (arbitraje del 367). El poderío beocio alcanzaba en este momento su zénit. Pero duraría poco. Los intentos de Epaminondas de controlar a los díscolos arcadios, aliados ahora a los espartanos y atenienses, condujo al decisivo encuentro de Mantinea (362). Sin embargo, la victoria del beotarca no pudo ser convenientemente explotada por su muerte en el campo de batalla. Al año siguiente se concertaba otra paz general que dividió a Arcadia en dos estados federales y sancionaba la independencia de Mesenia.

El último acto de esta etapa lo protagonizaría Atenas. Su fuerza, basada en la resurrecta liga ateniense, se había visto comprometida en la guerra contra Tebas, cuando la isla de Ceos proclamó su abandono de la alianza ateniense. Atenas, bajo la dirección política de Timoteo, reprimió la sublevación e impuso otra vez cargas y la instalación de clerucos a

los aliados. La vuelta a los viejos métodos llevó a la defección de los socios principales - especialmente Quíos, Rodas, Bizancio y Cos, apoyados por el sátrapa de Caria, Mausolo- y a la consiguiente guerra (Guerra de los Aliados, 357), plagada de sinsabores para los atenienses. Las amenazas de Artajerjes condujeron a la paz (355), que si bien no disolvió la Liga Ateniense, la dejó tan debilitada, al tener que reconocer las secesiones, que Atenas quedó sin capacidad militar y política suficientes para mantener un poder autónomo de envergadura.

Así pues, cuando llegamos a mediados del siglo IV ninguna polis era capaz de oponerse a la política del "divide et impera" que aplica Persia. La opción que pueda cambiar este estado de cosas sólo podía, por tanto, venir de fuera.

LOS GRIEGOS DE ULTRAMAR.-

El descenso de la capacidad política exterior de Grecia coincidía con la completa madurez de los estados griegos que habían ido emergiendo en las costas del Mediterráneo. El caso más significativo fue el de Sicilia. Desde el siglo V Siracusa ejercía una indiscutida capitalidad sobre la parte griega de la isla producto, ante todo, del enorme prestigio alcanzado en la lucha contra los cartagineses. La ciudad vivía su época dorada con Dionisio el Antiguo (405-367), el tirano por excelencia, y con Timoleón (344-337), transformada en una verdadera potencia naval y terrestre, que controlaba Sicilia y parte del sur de Italia. Más hacia Occidente, Marsella era otro ejemplo de prosperidad durante el siglo IV. Su grandeza estaba muy relacionada con su función de centro redistribuidor de productos griegos en el Mediterráneo occidental y de intermediario entre las regiones célticas e ibéricas con Oriente. Parecido papel jugó, siendo la clave de su esplendor, Cirene, que enmarcada entre el mundo cartaginés y el egipcio supo sacar provecho de esa encrucijada. Y finalmente, no debe olvidarse el conjunto de ciudades griegas del Ponto Euxino, muy en especial las de la costa norte (Quersoneso, Olbia) que, en contacto con el mundo escita, proveían a Grecia de cereal a cambio de vino, aceite y vasos.

LA EMERGENCIA DE MACEDONIA.-

En el norte de Grecia, entre los ríos Haliacmón y Axio, se encontraba el primitivo solar macedonio. En el tránsito del siglo VIII al VII a.C. sus gentes se fueron expandiendo hasta acabar alcanzando la costa que forma el fondo del golfo Termaico. El control hasta el monte Olimpo por el sur, el Pindo por el oeste y el río Estrimón por el norte acabaron por perfilar los límites de la Macedonia histórica de mediados del siglo V. Su posición estratégica era indiscutible, cerrando Grecia por el norte y controlando la ruta costera por Tracia hacia Asia y el Mar Negro. Macedonia era un país rico. Vastas llanuras abundantes en pastos, bosques y caza sostenían a un pueblo de pastores y campesinos, sometido a una aristocracia de grandes propietarios, cuya riqueza se ampliaba con las vitales mercancías que los griegos importaban, especialmente madera, resina, pez y cáñamo. Por si ello fuera poco, Macedonia disponía de buenos recursos mineros: hierro, cobre, oro y, sobre todo, plata (minas del Pangeo).

El reino arcaico, con reyes legendarios pertenecientes a la familia de los Argéadas, dio paso con Amintas I (¿540-498?) al período histórico. Su hijo Alejandro I (498?-mitad del siglo V) abrió el país a los influjos helénicos, pese a su colaboración oficial con los persas durante las Guerras Médicas. Probablemente en el 476 Macedonia fue admitida en los Juegos Olímpicos, para lo que se utilizó como excusa un supuesto origen argivo de la dinastía macedónica. Sus sucesores, Pérdicas II y Arquelao, bascularon sus inclinaciones políticas entre Atenas y Esparta, atentos a las acciones que ambas poleis desarrollaban en el curso de la Guerra del Peloponeso en las regiones periféricas de Macedonia, especialmente en la Calcídica y Tracia. El fin de este conflicto coincidió con un período de crisis interna macedónica. Una guerra civil y una serie de invasiones exteriores, desembocaron en años de intranquilidad, que la alianza con Esparta no acabó de disipar. Durante la primera mitad del siglo IV sus monarcas siguieron una política exterior supeditada a las potencias que hegemonizaban el poder en Grecia. El rey Amintas III (393/92-370/69) reorientó entonces inteligentemente su política hacia la recuperada Atenas,

que había refundado su liga marítima. Pérdicas III (365-359) se inclinó, como no podía ser menos, hacia la alianza tebana.

La imagen externa de inmadurez que ofrecía Macedonia se correspondía parcialmente con su realidad interna. Las instituciones del país no eran todavía suficientemente sólidas, aunque mostraban rasgos muy diferenciados de aquellas a las que nos tienen acostumbradas las poleis griegas. Macedonia presentaba un poder monárquico de tipo patriarcal, esto es, respetuoso con los derechos de sus súbditos y sometido al control de una Asamblea, que de hecho sólo intervenía en la sucesión real y en la confirmación de las penas de muerte. La vinculación entre el rey y el pueblo se materializaba en el ejército, dividido como la sociedad, en dos grupos. Por un lado estaba la caballería (hetairoi, compañeros), formada por la nobleza e integrada por 1500-1800 hombres. Por otro, la infantería (pezetairoi, camaradas de la infantería), compuesta por campesinos libres, dotados de armamento hoplítico. Desde mediados del siglo V, durante el reinado de Arquelao, se dividió el reino en circunscripciones urbanas que perseguían objetivos censuales y de reclutamiento, se abrieron carreteras, se estimuló la agricultura y el comercio, viéndose este último favorecido por la política monetaria de la casa real encaminada a reducir las acuñaciones locales y a imponer el patrón fenicio, que ahora sustituyó al persa. Quizás la acción que mejor ejemplifica estos años de oscura pero intensa transformación fue el traslado de la capital del reino desde la vieja ciudad de Egas -que pese a todo conservará su primacía religiosa- hasta

Con todo, nada de ésto hubiera sido posible sin las condiciones personales que tenía Filipo. Dotado de una inteligencia política que ni sus enemigos le negaban, el rey macedonio supo utilizar la guerra y la diplomacia como pocos. Sagaz para rodearse de los mejores consejeros, alcanzó importantes éxitos entre los griegos porque supo impregnar a su política de una visión panhelénica para la que la Grecia de mediados del siglo IV ya empezaba a estar madura.

FILIPO Y GRECIA.-

Estaba claro que la mentalidad de Filipo y la potencia acumulada durante la primera parte de su reinado le permitían intervenir en el escenario griego. La oportunidad se la deparó el estallido de la Tercera Guerra Sagrada. En efecto, la ocupación de Delfos por los Focidios (356) había provocado la declaración de guerra de las restantes ciudades presentes en la Anficciónia. La generalización del conflicto y la agresividad de los Focidios, enriquecidos con los tesoros de los santuarios délficos, ofrecieron a Filipo una excelente excusa para intervenir. Tras algunos reveses, Filipo ocupaba Tesalia y la transformaba en un territorio vasallo (352). Después dirigió sus esfuerzos hacia Tracia que, junto con Bizancio, quedaba bajo su soberanía. El paso del trigo ateniense por los estrechos estaba amenazado. Los calcidios desertaba de su alianza con el monarca macedonio y se aliaban con Atenas (349). Filipo podía ahora someter libremente la Calcídica. Sólo Olinto resistió confiada en la ayuda ateniense. Fue en vano. Filipo conquistó la ciudad, la arrasó y vendió a parte de sus habitantes como esclavos. Toda la Calcídica fue anexionada. Pese a todas las apariencias, en Atenas era mayoritaria la voluntad de entendimiento con Filipo mientras el asunto de Delfos no se solucionara. En la llamada paz de Filócrates (346) -pues éste, junto a Demóstenes y Esquines, representaron al estado ateniense- Atenas reconocía las conquistas macedónicas a cambio de la paz. Filipo, por su parte, atacó a los focidios y ocupó el país. Convocado el consejo de la Anficciónia, los focidios fueron expulsados del santuario pítico y obligados a restituir lo expoliado, mientras en su lugar era admitida Macedonia (346). Filipo obtuvo un éxito trascendental, pues no sólo lograba que su país fuera reconocido como un estado griego, sino también participar privilegiadamente en un órgano de decisión política general como era la Anficciónia de Delfos.

Entre el 346 y el 340 asistimos a un período de tensa calma en el que las relaciones entre Atenas -capitaneada por Demóstenes- y Filipo se deterioraron progresivamente. Mientras el rey reforzaba su poder -arcontado sobre Tesalia, transformada de facto en una provincia macedónica; alianza con Argos, Megalópolis y Mesene; tratado de amistad y no agresión con Persia; conversión del Épiro en un estado satélite macedonio-, Atenas se debatía entre dos opciones: la propugnada por los partidarios de una acción decidida contra Macedonia (Demóstenes) y la de aquellos que buscaban su alianza (Esquines).

En el 340 estalló el conflicto a causa de los asedios de Perinto y luego de Bizancio por Filipo que terminó, este último, con el apresamiento de naves comerciales atenienses. No obstante, la declaración de guerra de Atenas y la rápida intervención de Demóstenes salvó las ciudades. Pero Filipo descargó el golpe sobre la propia Grecia. Aprovechándose de la solicitud de ayuda de la Anficciónia délfica contra los locrios de Amfisa, el rey macedonio irrumpió en la Grecia central. Tebas y Atenas, amenazadas, suscribieron una alianza (339). Amfisa cayó en manos de Filipo. Al norte del Lago Copais, en Queronea, macedonios y tebanos-atenienses se enfrentaron (338) en un encuentro definitivo. La victoria de Filipo ponía fin a la independencia griega. Tebas recibió la peor parte. Fue separada de la Anficciónia, disuelta su liga y tuvo que soportar la presencia de una guarnición macedonia en la acrópolis de La Cadmea que apoyaría en la ciudad un régimen oligárquico promacedonio. Atenas recibió un trato generoso. Su liga, eso sí, quedaba disuelta, pero conservaba sus cleruquías y bastantes posesiones, siéndole respetado su régimen político. Filipo instalaba, además, guarniciones en Calcide, Ambracia y Corinto.

A excepción de Esparta -que pagó con duras represalias su resistencia- todos los griegos aclamaron a Filipo como su conductor. El monarca podía poner ahora en práctica sus codiciados planes de liderar a toda Grecia. Con tal fin convocó un congreso de representantes de los estados griegos en Corinto (338-337) que establecería una paz general, asociada a la

autonomía política de las poleis, a la prohibición de cualquier modificación social revolucionaria y a la libre circulación de bienes y personas. Se acordó también garantizar estas medidas mediante la creación de una alianza -la que conocemos como Liga de Corinto- compuesta por un synedrion de delegados de los estados, proporcionales en número a su contribución militar, y de la que el rey de Macedonia sería su general en jefe (strategós autokrátor) con poderes casi ilimitados. La hegemonía de Filipo quedaba, pues, suficientemente disfrazada. El astuto rey macedonio se encontraba ahora en excelentes condiciones para capitanear una ancestral empresa panhelénica: la guerra contra Persia. Su realización podía solucionar todos los problemas que se acumulaban en Grecia, especialmente el endémico de la superpoblación y de la falta de tierras, preservando, sin embargo, el orden social establecido en Corinto. Para Filipo, además, era la empresa que podía consolidarle en el poder, atrayendo hacia su persona a los que lo veían como un tirano atento sólo a engrandecer su fuerza personal y la de Macedonia.

Cuando la fase previa de la gran operación bélica se había puesto en marcha - Paremenión y Atalo ya habían cruzado el Helesponto con la vanguardia del ejército para sublevar a las ciudades griegas de la costa del Asia Menor- Filipo era asesinado en Egeas (336). Sus planes habrían de esperar a otro ejecutor.

RASGOS MÁS DESTACADOS DEL SIGLO IV. -

Desde el fin de la Guerra del Peloponeso hasta la muerte de Filipo, Grecia sufrió un proceso de transformación. Tantos años de conflicto generalizado e inacabable terminarían por afectar al orden establecido que siempre, no hay que olvidarlo, había sido frágil. Las evidencias de estos cambios se manifestaron en todos los sectores.

Primeramente, el mismo factor de expresión de los conflictos, la guerra, se distanciaba del modelo clásico. Ahora, cada vez más, era cosa de profesionales, pues las victorias ya no eran tanto consecuencia de la maniobra hoplítica como de los servicios especializados (infantería ligera, caballería, arqueros y honderos e ingeniería militar), que necesitaban una preparación fuera del alcance del simple ciudadano. En consecuencia, el mercenariado y sus jefes se fueron imponiendo por doquier lenta pero inexorablemente.

El mantenimiento de estos ejércitos en un momento en el que las hegemonías políticas de las poleis eran pasajeras exigía un esfuerzo financiero difícilmente soportable para la sociedad. Las ligas de ciudades intentaron paliar esta situación repartiendo los esfuerzos entre ellas, pero los resultados fueron mediocres. La tentación de recurrir a las mismas como un medio para imponerse unas ciudades sobre otras o, en el mejor de los casos, para superar los estrechos marcos de la ciudad, dio escasos frutos. Eran viejas fórmulas ya gastadas. Los estados monárquicos -Tesalia o Macedonia como ejemplos más significativos- se hallaban en mejores condiciones para adaptarse a las nuevas exigencias.

En este ambiente resultaba lógico el clima de agitación social que caracterizó este siglo. En las ciudades donde subsistía la democracia la tensión era frecuente, hasta el punto que la vieja propaganda de la redistribución de tierras y la condonación de deudas volvía a tener muchos adeptos. Los pobres en Atenas, parapetados en instituciones como los tribunales y la Asamblea que les deparaban un medio de vida (el famoso *misthos ekklesiastikós*), exigían de los ricos que asumieran las responsabilidades financieras a las que se habían comprometido en el siglo anterior. Las liturgías, especialmente la *trierarquía* y la *eisphorá* -entonces un impuesto extraordinario, ahora un impuesto fijo sobre el capital- eran una fuente de constantes litigios que disgregaron la paz social. En otras poleis el conflicto degeneró en tragedias civiles, como en Argos, donde se produjo una matanza de ricos ciudadanos.

En el fondo, ocurría que las nuevas necesidades que la realidad histórica había impuesto no podían solucionarse con los viejos recursos. La tierra, devastada y cargada de deudas -los *mojones hipotecarios* (*horoi*) eran frecuentes en los predios griegos-, ya no sostenía a muchos de sus propietarios que, además, tenían que vérselas con un constante

aumento de los precios. No sabemos cuántos tuvieron que venderla en beneficio de los más acaudalados ni hasta qué punto éstos ampliaron así sus posesiones y, consecuentemente, creció la gran propiedad. Se mencionan arrendatarios libres y asalariados (*misthotoi*), pero es difícil precisar si fueron consecuencia del fenómeno indicado. Tampoco sabemos si el número de metecos y esclavos varió significativamente.

El comercio, la principal fuente de ingresos de muchas ciudades -no sólo por los beneficios particulares que generaba, sino muy especialmente, por los impuestos indirectos con que la polis lo gravaba- sufrió por la misma competencia entre los griegos y, sobre todo, por la que presentaban las colonias del Mediterráneo Occidental, que no sólo se autoabastecían sino que competían con éxito. De todas formas, las ciudades mercantiles griegas -incluida Atenas- continuaron exportando sus productos y los bancos haciendo préstamos marítimos, lo que era prueba de la rentabilidad del sector. El Pireo, Asia Menor, Delos y Rodas se mostraban muy activas todavía en el mundo de los intercambios.

En este ambiente se comprenden las preocupaciones de políticos y filósofos por encontrar soluciones a problemas tan acuciantes. En tal sentido, el siglo IV catalizaba gran número de utopías filosóficas (Platón, Aristóteles), pero también de propuestas políticas. La dicotomía entre revitalizar las viejas instituciones (Demóstenes), o buscar fórmulas innovadoras definidas por los sistemas autoritarios o monárquicos (Jenofonte e Isócrates), fue un rasgo que definió claramente la incertidumbre reinante.